

BIBLIOTECA CANARIA

HUMORISTAS ISLEÑOS

El lazo azul

¡Si pestañearal... - Carta a "Marcos Pérez"

POR

LUIS MAFFIOTTE



ESPERIDES.—(CANARIAS)

Cruz de Tenerife

ST

BIG

979



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Nº Documento.....371177.....

Nº Copia.....371187.....

BIBLIOTECA

MANUEL HERNANDEZ

HUMORISTAS ISLEÑOS

EL LAZO AZUL

¡Si pestañeara!... — Carta a
"Marcos Pérez"

POR

LUIS MAFFIOTTE



LIBRERIA HESPERIDES.— (CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Autosemblanza de Luis Maffiotte

Nació en Las Palmas de Gran Canaria el 20 de Noviembre de 1862, a las dos y diez minutos de la tarde, dato éste de la hora muy importante, y que debè ser cierto, porque lo reza la partida de bautismõ; bien es verdad que asimismo apunta que ya entonces se había muerto su abuelo paterno, sin embargo de que no murió hasta el 65. ¡Para que se fie nadie de partidas de bautismo!

De chico hizo poco más o menos lo que

todos los chicos habidos y por haber. Además se quedó sin padre a los ocho años, y a los trece ya estaba pegado a una mesa de oficina, dándole a la pluma y empezando a cobrar un sueldo, operaciones ambas que no se han interrumpido hasta la fecha.

Al cumplir los 18 años cumplió también voluntariamente lo dispuesto en el Art. 25 de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército de 20 de Agosto de 1878, pidiendo al Ayuntamiento su inscripción como recluta. Sirvió luego a la patria con las armas en la mano, sin que se le presentara ocasión de utilizarlas.

Cursó en el Instituto de Canarias algunas asignaturas del Bachillerato, y aunque no le suspendieron nunca, suspendió él sus estudios oficiales para dedicarse a leer novelas, escribir en los periódicos de Santa Cruz de Tenerife («La Ilustración de Canarias», «Las Novedades», etc.) y pronunciar discursos en el «Gabinete Instructivo» de la propia capital. También hizo versos, naturalmente.

Después de once años de immaculados servicios, obtuvo un destino en el Ministerio de Hacienda. Sin vacilar arregló su maleta, y el 15 de Marzo de 1886 entró en la corte de las Españas por la gran puerta de Atochá con una credencial de 6.000 reales, el «Alma-

naquē del Empleado» y unā cantidad en oro... que no pasaba de diez duros. Drama no trajo ninguno.

A los siete años, en 1893, cuando ya había ascendido dos veces, creó Gamazo el cuerpo pericial de Contabilidad del Estado, sacando a oposición 49 plazas de tenedores de libros, dotadas con sueldos desde 14.000 hasta 24.000 reales. Se presentaron 271 individuos; obtuvieron plaza 40: él sacó el número 3, número simbólico, o, como dice Chateaubriand, «fracción que no ha sido engendrada y que engendra las demás fracciones...». Sea lo que fuere, lo cierto es que a aquel número le corresponden 6.000 pesetas de sueldo, que el interesado cobra con admirable puntualidad.

Dedicado en cuerpo y alma a la Bibliografía (que por algo es tenedor de libros) desde 1895 reúne materiales para escribir una «Biblioteca de Canarias», a la que ya ha empezado a dar forma. De vez en cuando adereza artículos sueltos sobre la misma materia, y en el «Diario de Tenerife», dirigido por su gran amigo Patricio Estévez, publicó en 1897 veinticuatro «Cartas bibliográficas», que piensa reunir en un volumen.

Se parece a Cervantes en su afición a leer; «aunque sea los papeles rotos de las calles»; a Don Quijote en lo de ser gran madrugador,

bien que no amigo de la caza; a Mesonero Romanos, en que le nombran secretario de cuantas sociedades forma parte, por lo que ha decidido no pertenecer en adelante a ninguna. Sentirá irse al infierno, porque allí de seguro tendrá que desempeñar la Secretaría.

Suelen decir de él sus amigos que es serio y juicioso. Lo de serio, será o no será; pero lo de juicioso es innegable: como que tiene las cuatro muelas del juicio.

Aborrece las disputas, los toros y la lotería; le gustan los libros, la buena mesa y la conversación. Su bello ideal consiste en una casa de campo, un mediano pasar y 20.000 volúmenes en su biblioteca.

LUIS MAFFIOTTE

El lazo azul

I

Los intermedios en «Santa Cecilia» eran un espectáculo variado y brillante. El salón profusamente iluminado y adornado con elegancia, las flores aromáticas y las mujeres hermosas, las miradas y las sonrisas, todo mezclado y revuelto, constituía un bello concierto que distraía el ánimo abatido de los que padecíamos de «arranquitis» crónica.

Allí una linda señorita dirigía una dulce mirada hacia el galán, que apoyado en la puerta de cristales, correspondía con otra no menos amorosa; más allá una vieja contaba a otra, entre bostezo y abanicazo, los amores de

su hija con el comerciante de la esquina; junto a ella un chiquillo revoltoso se burlaba de la respetable calva de un vecino que dormía el sueño de los justos, apoyada la frente en ambas manos; en fin, todos procuraban distraerse, según los medios que les sugería su más o menos clara imaginación.

En el grupo que debajo del reloj y entre los dos arcos que separan el salón del vestíbulo, se formaba en las noches de concierto, acostumbraba yo a introducir mi «simpática» personalidad, siendo siempre bien recibido por aquellos buenos amigos. Allí nos burlábamos lindamente del prójimo; y en aquella pared protectora encontrábamos apoyo seguro para resistir, sin caernos, los flechazos que nuestras respectivas chicas nos asestaban de vez en cuando. En una palabra, y para no cansar a ustedes, diré que aquello era una alegre reunión de muchachos, donde se reía, y se hablaba, y se criticaba, y... se amaba.

II

Una noche... La orquesta concluía en aquel instante de tocar no sé qué sinfonía,

y una salva de aplausos coronó los esfuerzos de los artistas. Padrón saludaba al público, y los músicos abandonaban sus sitios respectivos, pues con aquella pieza concluía la primera parte del concierto.

Pepé, que entre los amigos era el más entusiasta por el divino arte, con el fuego y la elocuencia que le eran peculiares, ponderaba las excelencias de la tocata que acabábamos de oír. En su discurso se mezclaban los allegros y andantinos, jugando el principal papel los crescendos y rittardandos. De repente enmudeció; púsose pálido como un cadáver y, sin decirnos ni media, desapareció entre la multitud que llenaba el vestíbulo.

—¡Pepe!—exclamamos a coro—: ¿a dónde vas?

Como era buen muchacho, y como, por otra parte, nos extrañó mucho su repentina salida, le buscamos, aunque inútilmente. Nada escapó a nuestras pesquisas: el salón de descanso, las habitaciones de estudio, todo lo registramos, hasta que, no hallándole en todo el edificio, nos lanzamos a la calle, recordando en aquel momento un sitio que nuestro amigo visitaba muy a menudo.

Efectivamente, el «Hotel Machado» se honraba con le presencia de Pepe, que, solo y

sentado junto a una mesa, miraba estúpidamente un enorme vaso de cerveza.

Al ruido que hizo la puerta, se estremeció, y cuando se fijaron en nosotros sus miradas, cubriose de lívida palidez su rostro.

En vista del estado deplorable en que se hallaba mi amigo, me acometió un miedo tan tremendo que hubiera perdido el equilibrio a no pasar por mi mente el recuerdo de una chica... Pepe tenía calentura. Sus dientes chocaban y sus ojos se revolvían en todas direcciones. Por último, tres de los presentes le llevaron a su casa, dejándole en cama, entregado a los solícitos cuidados de su familia. Los demás nos volvimos al concierto; pero yo no oía ni veía nada, y sólo cuando concluyó el espectáculo, volví en mí y abandoné el salón.

Al día siguiente sufrí una reprimenda de mi novia, justamente irritada por no haberla mirado durante la segunda parte del concierto.

III

Tres noches después nos hallábamos reunidos varios de los amigos alrededor de una me-

sa en el «Café de Luis», tomando... agua fresca. Con objeto de hacer tiempo para marcharnos a la Alameda, pedimos un dominó, e íbamos ya a jugar cuando, con la sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos, entró Pepe. Le miramos asombrados, y pasada la primera impresión que nos causó su presencia, después de dos días de fiebre, le saludamos enterándonos del estado de su salud; algún indiscreto se permitió interrogarle acerca del origen de su extraña enfermedad; pero las cejas de Pepe se frunció, suprimiéndose en el acto esta clase de preguntas.

—¿Cómo va ese partido?—preguntó.

—Ahora, precisamente, nos disponíamos a empezar—le contesté.

—¡Suspéndase todo procedimiento! ¡Pedro, trae manzanilla!

Una especie de vino me acometió. Hacía tres meses, por lo menos, que no gustaba el dulce néctar pèdido.

Pedro, que es la séptima virtud personificada, venía trayendo las botellas, que fueron abiertas en un abrir y cerrar de ojos. En lo que el diablo se estrega uno de los suyos, el vino desapareció por completo.

—¡Excelente vinillo!—gritaba uno entusiasmado.

—¡Viva Pepe!—exclamaba yo agitando una copa vacía—. ¡Viva el gran Pepe!

—Manzanilla, ¡más manzanilla!—rugió éste, que por lo visto se hallaba «en cuartos»..

... ..

Yo necesitaría la pluma de Dumas, o ser Dumas en persona, para poder describir con todos sus detalles la escena que siguió a la segunda petición de Pepe. Las botellas se sucedían con rapidéz y los gritos eran cada vez más atronadores, pareciéndome aquello una orgía a lo Byron, en que el papel del poeta británico estaba a cargo del héroe de mi historia.

El mismo Luis me confesó a los pocos días, que estuvo a punto de plantarnos en la calle a puntapiés.

IV

Los primeros rayos del sol me despertaron. Teníamos por lecho, unos, los bancos, y otros, el santo suelo de la Alameda. Cuando yo abrí los ojos y comprendí lo que había pasado, me quedé pensando en las humanas flaquezas, y comparaba nuestra vida, acordándome de

Bécquer, a una larga cadena con eslabones de hierro y oro.

—He aquí—decía para mi capote;—he aquí media docena de muchachos honrados que duermen la mona tranquilamente. Un obrero atraviesa la calle próxima cargado de herramientas y dispuesto a trabajar con el laudable fin de ganar un pan para sus hijos; por allí asoma una criada medio dormida que va a «mercar» y tal vez a sisar. En fin, la población se anima por grados y, no obstante, nosotros permanecemos aquí, presentando con nuestras académicas posiciones un cuadro digno de Goya...

Hasta aquí llegaba yo en mis filosóficas reflexiones, cuando sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me incorporé. Pepe, despierto como yo, había llegado arrastrándose hasta mí, pidiéndome por señas un cigarro.

—No tengo,—le dije registrando mis bolsillos.

Un gesto de disgusto fué su contestación, y ya se disponía a descabezar un sueñecito, cuando una idea iluminó mi mente.

—Pepe, levántate.

—¿Para qué?

—Ven conmigo, que Manolo nos dará amoniacó.

Mi amigo señaló a Manolo, quē, como era de la «parranda», dormía como los demás.

—No importa,—dije riendo—; acompaña-me.

Nos incorporamos con trabajo, y saliendo de aquella improvisada alcoba, empezamos a cruzar calles diversas sin rumbo fijó. Ya el aire fresco de la mañana había disipado los manzanillescos vapores que nos ofuscaban, cuando, acordándome de la escena del concierto, interrogué a mi amigo:

—Oye, Pepe,—le dije—; ¿crees que soy verdaderamente amigo tuyo?

—Y ¿quién lo duda?

—Pues explícame las causas de tu misteriosa enfermedad.

—¡Nunca!—exclamó como si mi pregunta hubiese despertado en él algún amargo recuerdo.

—Vamos, hombre, sé razonable. Yo conozco que algún pesar te aqueja: ¡ábreme tu pecho!

—No, amigo mío, no; murmuraba tristemente.

—¡Pero, Pepe!...

—En fin,—dijo resuelto—; ¡óyeme!

Y

—No te burles de mí; que si los motivos de mi dolor a mí me causan honda tristeza, creo que a tí sólo te harían reír de buena gana.

—No temas que yo halle en tus penas algo que produzca mi hilaridad; tú me conoces bien; yo sé lo que tú eres, y... no se hable más del particular.

—Hace dos meses...

Y Pepe lanzó un suspiro. Yo estaba impaciente.

—En el último baile del Círculo, —continuó mi amigo—, me hallaba, como recordarás, en extremo aburrido. No tenía novia entonces, y ya tú sabes que faltándome ese entretenimiento...

—Pero, Pepe,—le interrumpí—; ¿tú, que sueles amar a lo Abelardo, te atreves a llamar al amor simple entretenimiento?

—¡Todo en el mundo acabó para mí!

—¡Los lazos...!

—¡Cállate!—gritó Pepe colérico—; ¿no ves, insensato, que la causa de mis pesares es... un lazo? Escucha, y dime después si debo o no pegarme un tiro.

—Habla.

VI

Y he aquí la historia que, entre suspiros y ahogados sollozos, me contó mi desventurado amigo:

—En el último baile del Círculo, después de un par de horas de aburrimiento, distinguí a dos máscaras que se dirigían hacia el lado donde yo me hallaba. Una era alta, bien formada, y llevaba un dominó color de chocolate «a la francesa»; parecía, por los gestos que yo la veía hacer, que animaba con sus palabras a la otra, la cual miraba en todos sentidos como con temor y ansiedad al propio tiempo. Yo no sé lo que esto significaba ni he podido averiguarlo nunca; pero una idea me asaltó, y queriendo ponerla en práctica me acerqué a ellas. Creí que se trataba de alguna aventura amorosa, y quise divertirme a costillas del prójimo. ¡Oh, qué desgraciado fui!

—Luz de mis ojos, dije a la que miraba de aquella manera particular; ¿quieres dar conmigo un par de vueltas por el salón?

«Con voz que era una cantiga armoniosa» me respondió la máscara:

—Con mucho gusto; pero ¿y mi compañera?



Esta, que hacía señas a un señor calvo y de abdomen desarrollado, dijo:

—No importa; yo tengo aquí a D. Ramón.

Y tomando el brazo del otro que llegaba en aquel instante, se separó de nosotros.

Mi pareja me miraba de un modo extraño. Parecía que sus pupilas despedían rayos brillantes de voluptuoso amor, que llegaban hasta el fondo de mi alma, iluminando sus más escondidos senos.

La orquesta preludió un vals de Strauss.

—¿Quieres bailar?—pregunté a mi pareja; y como se negase a tomar parte activa en aquel ejercicio, yo insistí, hasta que, después de un momento de vacilación, accedió a mis deseos.

—Chico—siguió diciendo—; yo no te puedo explicar con claridad lo que me pasó aquella noche. Yo apretaba dulcemente la flexible cintura de mi sílfide, embriagándome en aquella mirada que enloquecía. Sus manos temblaban ligeramente, y algunos suspiros se escapaban de su pecho.

Y me miraba...

Aparte de un ligero pisotón que me hizo ver elevadas a la quinta potencia las luces del Círculo, ningún percance nos sucedió; y cuando, concluido el vals, oprimía aún su talle gentil y estrechaba su mano, la mutua mi-

rada que cambiamos me hizo vislumbrar en
lontananza una vida de amor, como el que yo
había soñado...

Aquella mujer era un angel de belleza; sí,
porque sus ojos azules, su alabastrina gar-
ganta, su breve pie y su mano aristocrática;
el perfume de su aliento, y el rubio, sedoso,
abundante cabello que rizado naturalmente
caía sobre sus mórbidos hombros, a la mane-
ra que la lluvia de oro de que nos habla la
Mitología... todo me demostraba que aquella
mujer era mi ideal; y convencido de que en
mis brazos oprimía, tornada en realidad, la
ilusión que ha engalanado mis juveniles años,
sin cuidarme de la estúpida multitud que lle-
naba los salones... ¡oh! caí a sus pies deli-
rante, loco, murmurando con voz ahogada:

—¡Te amo!

Ella me atrajo dulcemente; yo no sé lo que
me pasó; pero cuando pude darme cuenta de
lo que me rodeaba, me hallé sentado junto
al angel de mis sueños, en una banqueta del
salón.

—Oye,— me dijo con aquella voz cuyo
timbre me llegaba al alma—; yo... te amo;
pero,—añadió conteniéndome al ver que yo
me exaltaba—, nuestro amor no es realizable.
Causas que no debo ni puedo descubrir, impi-
den que yo ponga en tí mi cariño. Pero, no

importa: yo siempre pensaré en tí, y solo te ruego—en esto lanzó un suspiro— que no olvides esta noche que tan gratos recuerdos deja grabados en mi memoria.

—¡Oh! ¡Dime quién eres, que yo te ame y soy capaz de arrostrarlo todo por tí!

—No puedo decirte quien soy, pues correría un grave peligro. Mira: algún día me presentaré yo en el teatro o en el paseo, con un lazo azul celeste—a Pepe se le saltaron las lágrimas—, en el hombro izquierdo. Por este distintivo podrás reconocermé; pero, por Dios, no hagas nada que pueda comprometerme...

—¡Ah!, no temas, alma de mi alma; no temas que sea imprudente...

—Adiós, adiós;—dijo levantándose y estrechando mi mano—; me llaman.

¡Adiós, vida mía!—murmuré tristemente.

La seguí con la vista hasta que desapareció en el gentío, y ella, por su parte, volvió varias veces la cabeza, clavando en mí aquellos ojos que me esclavizaban. En tres noches no pude conciliar el sueño; pero aunque nunca hallé a mi desconocida, me iba tranquilizando. Sin embargo, en paseos, teatros y conciertos, miraba los hombros de todas las mujeres que veía.

Aquella misteriosa máscara era el sueño

de mi vida; y si no fuera por que alimentaba la esperanza de verla algún día, me hubiera muerto de tristeza.

Llegó la noche del concierto...

Recordarás que yo te encomiaba los «andantinos» de «Pique Dame»; cuando de pronto, mis ojos descubrieron, entre un millar de femeninas cabezas, un lazo azul celeste sobre un hombro medio velado por finísimo tul...

Clavé mi vista en el lazo y miré a su dueña... Era... ¡mi madre!

¡Si pestañeara!...

(Ante un bello retrato de mujer, publicado en «La Ilustración de Canarias»)

Es verdad. Si pestañeara no quedaba un ejemplar del presente número, ni para muestra.

Porque somos nosotros muy aficionados al bello sexo, y una cara como esa cara, no es muy cara que digamos: cuatro reales el ejemplar.

Cuatro reales, por supuesto, sin pestañear; pestañeando valdría mucho más.

Y no es porque en nuestro país no abunden

las chicas guapas. ¡Qué disparate! Pero aun-
que aquí, entre nosotros, se vean caras como
esa cara, siempre viene bien, muy bien, una
más. Lo que abunda no daña.

Dije que aquí sobran las chicas bonitas,
esto es, las caras como esa cara, y sospecho
que no dije bien: todas las que por aquí he
visto valen tanto, si no más; al menos yo no
he podido tropezar con ninguna fea.

Me explicaré.

En primer lugar, no comprendo lo que sig-
nifica la palabra «fea». Lo único que sé es
que es una fea palabra.

Y en segundo lugar, desde el momento en
que una mujer es fea, al decir de algunos, se-
rá fea y será todo lo que ustedes gusten: pero
no será una mujer.

¿Por qué? Porque no se concibe, porque no
puede concebirse que haya mujeres feas.

¿Qué quiere decir «mujer»? Belleza, her-
mosura. Para mí esa palabra no tiene otro
significado, por más que todas las Acade-
mias de todas las lenguas habidas y por ha-
ber me aplasten con su respetable peso.

¿Qué es la belleza, qué la hermosura? La
proporción entre las partes y el todo, o entre
el todo y las partes.

Luego si la mujer significa belleza, hermo-
sura, ¿quién es el guapo que se atreve a de-

¿cōmō en mi prēsencia? mujer fea, esto es, bella
za fea, fea hērmosura?

Demostado cōmo queda, cōn las anteriores reflexiones y muchas que me callo, yo bien sé por qué, que no hay mujeres feas, réstamē decir al que tiene la calma extraordinaria que se necesita para leer lo que yo escribo, por qué creen algunos a puño cerrado en la existencia de la mujer fea.

Fulano ve a Fulana en su casa, en la calle o en el paseo. Fulano está enamorado de unos ojos azules, de una tez blanca, de un cabello de oro. Pero Fulana es morena, y tiene los ojos negros como la conciencia de un avaro. Pues Fulana, en el concepto de Fulano, es fea. ¡Habrás visto barbaridad semejante!

En cambio, Fulanito se halla cautivo en las dulces redes de unos negros ojos y de una tez morena, y al ver a Fulana, no se quedará enamorado, pero afirmará y sostendrá que Fulana es bonita.

Otro ejemplo: Mengano es antipático y pōbre. A Mengano, pues, no le hacen maldito caso las mujeres, que pasan por él como perro que pasa por viña vendimiada.

Pues su propio despecho le dice a Mengano

que las mujeres son feas. «Están verdes», decía la zorra de la fábula no pudiendo atrapar las codiciadas uvas.

Conque ya ustedes ven que la «fea» sólo existe en la imaginación de Fulano, porque está enamorado como un adoquín de una rubia y cree feas todas las morenas; o en el amargo despecho del pobre o antipático Mengano que recibe calabaza tras calabaza, desaire tras desaire.

Pero para mí, la rubia y la morena, la albina y la etíope, la china y la inglesa, todas, todas, todas me gustan como al Joven Telémaco.

Y lo mismo que yo digo, dicen todas las personas... Iba a decir «sensatas», pero esto sería compararme (! inaudito atrevimiento!) a las personas sensatas.

Conste que la «fea» es un mito, un absurdo, un disparate; conste que mis paisanas son todas guapas; y conste que espero en cualquier terreno al que lo contrario afirme.

Fíjense, fíjense en la inimitable gracia con que está prendida esa mantilla; en ese mirar sereno; en esa expresión... ¡Ay! ¡Si pestañeara...!

Me han encargado la descripción, mejor dicho, que diga a ustedes algo acerca de esa di-

vina maja. Y lo que yo puedo hacer es recomendar a ustedes la lectura de «El 19 de Marzo y el 2 de Mayo», de Pérez Galdós, en cuyo libro se encuentran majas descritas por la maestra pluma del insigne novelista; o los «Sainetes» de D. Ramón de la Cruz, donde hay «Grigorias» y «Juanillas» y «Remilgadas» y «Bastianas» a escoger.

Lo único que sé decir es que a mí se me hace la boca agua, señores; que no sé lo que me pasa; que me la comería, sí, me la comería... ¡sí pestañeara!

Carta a "Marcos Pérez"

Madrid, 11 de Febrero de 1934.

Querido Blas: Gran sorpresa, y bastante agradable por cierto, me ha causado recibir tu muy cariñosa carta del 21 de enero. Hace ya tantos años que no tengo noticias directas de ningún amigo del tiempo viejo (como que casi todos han desaparecido), que al leerla, se presentaron a mi mente, a través de las mil telarañas que la adornan, los gratos recuerdos de la calle del Tigre, con Pepe Oramas en la esquina de abajo, los Cachimbos a la mitad, mi casa enfrente de los Ca-

chimbas y por encima de nosotros tu casa y familia. También asomaba de vez en cuando la jeta por la esquina de arriba Anselmo Benítez, tan joven entonces. ¿Cómo olvidar al viejo Ney, ni aquellos alborotos y griterías, los baños en la playa del muelle, las nadadas a los platillos y a los anchos, las certeras pedradas a los tamarindos de la Alameda y hasta los cogotazos con que de vez en cuando nos amenizaban la existencia los mayores en edad, saber y gobierno?...

Pues sí, Blas de mis entretelas (ésto de las entretelas es cosa de tu negociado); devoré con ansia tus cuadros de «Santa Cruz anecdótico»; los hallé tan bien trazados, con tanta sencillez, amenidad y gracia, que me parecieron obra de un experto escritor; y como no podía atinar quién fuese «Marcos Pérez», se lo pregunté a Frasco, que me resolvió la incógnita. ¡Bien, muy bien querido Blas!

X

Por no haber tenido desde un principio el cuidado de guardarlos, pues ya se acer-

can a una tonelada los papelotes de mi archivo, hubiera querido tener estos cuadros reunidos en un folleto, y mucho más ahora, al saber por tu carta que los artículos son 50. Yo no conozco tantos, ni tal vez la mitad, pues no siempre llegan a mis manos los periódicos que me manda Frasco. Ya puedes calcular mi desconsuelo...

Que se está poniendo bonito Santa Cruz ya lo había yo visto por las colecciones de postales que de ahí me han enviado, admirándome el progreso de esa querida población. Yo, en los 48 años que llevo aquí, he visto a Madrid triplicarse; cuando yo vine, esto era como un poblachón grande, feo y no muy limpio, y hoy es una de las más hermosas capitales de Europa. A la par y en igual sentido ha tenido que crecer Santa Cruz, y comprendo el noble orgullo de los chicharreros que han logrado convertir en una gran ciudad el antiguo pueblo de pescadores (como lo llamaba don Manuel Villavicencio, cabo de milicianos nacionales en 1844). Sin embargo, a mí me gustaría, cuando volviera a esa, allá para mediados del siglo que viene, poder ir a comprar una cometa de a fisca o dos rapaduras de a cuarto a casa de seña Carmita, y luego subirme por la calle a la ventana de la sastrería y

gritarte: «¡Machánguili!» Lo primero no puede ser, por no haber ya seña Carmita ni su venta, con los cuartos falsos clavados en el mostrador. Lo segundo, ¿quién sabe!

×

De la trayectoria de mi carrera a través de medio siglo y de la que, según me dices, te causaba alegría cuando tenías alguna noticia, más vale no hablar. ¡Qué lucha, amigo Blas, qué lucha! He soportado envidias miserables, zancadillas, pejugueras de mil clases durante ese larguísimo tiempo; pero yo me propuse llegar a lo más alto sin desmayar, venciendo los obstáculos que se atravesaran en mi camino, para llegar desde una triste plaza de escribiente (vulgo cagatinta) hasta un sillón de Ministro del Tribunal de Cuentas, y lo conseguí, sin olvidar un punto el decoro y la decencia, con lo que logró dormir tranquilo y sin remordimientos, porque, además, he hecho todo el bien que he podido, sin hacerle mal a nadie. ¿Podrán todos decir lo mismo?

Y cuando yo pensaba que ya nada tenía que hacer en este planeta, sino vegetar tranquilamente como un vulgar yerbajo, los paisanos de todos colores se acuerdan de este

cura que, sin comerlo ni beberlo (yo como poco y no bebo nada), me encuentro metido en el tráfago de la política activa. ¿Hay, pues, que seguir trabajando? Pues a trabajar. Así como así yo no he hecho otra cosa en mi vida y aunque tenga ya 35 años y medio (en cada pata) seguiré sacándole «guasca» al cuerpo hasta hincar el pico.

IX

Y por hoy, nada más. A los «muchachos» de nuestra generación que todavía comen pan, si conservan la dentadura o han comprado otra nueva, salúdales con cariño de parte mía; como recuerdo los muertos, me acuerdo de los vivos y hasta me parece verlos como eran entonces (1886), por más que se hallen hechos una «equis», a la manera del negro Ramón Blardony, o medio apollados, según la estampa adjunta. En cambio de ello, quisiera que se acordaran alguna vez de mí. Tú lo has hecho ahora, querido Blas, por lo que te envía un fraternal abrazo tu agradecido amigo

LUIS